

»Aplaude y se sonríe al escuchar lo que dicen los otros, y siempre es del dictamen de estos; corre, vuela para prestarles cualquier servicio; es complaciente, lisonjero, oficioso; es misterioso acerca sus negocios, y á veces miente; es supersticioso, escrupuloso, tímido.

»Camina blanda y lijeramente; parece que teme pisar la tierra; tiene siempre los ojos bajos y no se atreve á mirar á los que pasan, nunca es del número de los que forman círculo para conversar; se pone detrás del que habla, recoge furtivamente lo que se dice, y si le miran, se escurre.

»No ocupa lugar, nunca tiene puesto, va con las espaldas encogidas, y con el sombrero hundido para no ser visto; se repliega y empaqueta en la capa; no hay calle ni galería por embarazada y llena de gente que esté en la cual no encuentre él medio de pasar y escabullirse sin ser sentido.

»Si le dicen que se siente, apenas toca el borde de la silla; habla bajo en la conversacion y articula mal; está libre en punto á negocios; mal humorado contra el siglo, y medianamente prevenido contra los ministros y el ministerio, no abre la boca sino para responder; tose y se suena dentro del sombrero; casi escupe encima de sí mismo; y espera á estar solo para estornudar, sin que casi nadie le sienta; á nadie cuesta saludos ni cumplimientos. «Es pobre.»

»Dice un profundo moralista, que un pobre vergonzoso de su pobreza, seria muy orgulloso si llegase á ser rico.

Juego.

Considerado el vicio del juego como una pasion y una pasion terrible y funesta, bueno es que el actor conozca los rasgos característicos de los jugadores, para tenerlos presentes al haber de representarlos en la escena.

El juego hace perder todas las buenas cualidades que constituyen la moralidad y la sociabilidad; el príncipe olvida en el juego su dignidad, y la mujer su pudor.

Ví, dice un célebre escritor, una especie de hombres que me parecieron del todo diferentes de los demás hombres. Algunas veces en pié, muy á menudo sentados en derredor de una mesa pasaban en esta situacion la mayor parte de la noche. El rayo y el trueno podian cruzarse y retumbar sobre sus cabezas; dos ejércitos hubieran podido combatir á su lado; ni aun el mismo cielo que hubiese amenazado desplomarse, habria podido distraerles; por que los jugadores son sordos y mudos.

De su boca oíanse salir ciertos sonidos mal articulados, sus ojos giraban en derredor de una manera extraña; su fisonomía era terrible; el desespero, la rabia, y una alegría maligna mezclada con cierta inquietud, se pintaban sucesivamente en su rostro. Tan pronto se veía estampado en su cara el furor de las Euménides, como el aspecto serio y taciturno de los jueces del infierno, ó las angustias mortales de un reo que llevan al suplicio.

Estóico en la apariencia, como dice Descuret, pero siempre lleno de ilusiones, el verdadero jugador, sean cuales fueren los sentimientos que le agitan, soporta ordinariamente sin variar ni de actitud ni de gesto, todas las contingencias de la fortuna que se complace en desafiar. Pródigo de tiempo, poco cuidadoso y á la vez inquieto en el porvenir, é incapaz de reflexionar, por que se haría miedo á sí mismo, huye de la soledad como de su mortal enemiga: pero tampoco va á buscar distracciones en el seno de los placeres ordinarios, porque le parecerían insípidos: el jugador necesita una agitacion febril y continua, que solo encuentra ante los montones de oro del banquero; allí está su felicidad, allí está su ídolo, allí le esperan todas las vicisitudes que él quiere paladear, y allí es donde sucesivamente despojado ó mimado por la fortuna, va á rendir diariamente nuevo incienso y á consumir nuevas esperanzas.

Ved á ese jugador, continua el mismo escritor, sentado, inmóvil junto á una mesa en la cual no parece sino que van á incrustarse sus miembros: su tez es pá-

lida, su mirar fijo é impaciente; en sus facciones reina una triste severidad; confundiríaisle con uno de los jueces del infierno, su lengua habitualmente muda, no deja oír mas que algunos sonidos mal articulados y aun eso por intervalos. De improviso gira sus ojos con rara velocidad; su fisonomía toma un no sé qué de terrible, pintanse en ella á su vez el despecho, el furor, y una alegría maligna mezclada con inquietud: mas cual si se avergonzase de dejar entrever los sentimientos que le acosan, pronto recobra su aparente impasibilidad.

Hace ya mas de doce horas que ha alternativamente ganado y perdido lo que bastara para hacer felices á veinte familias: ¿creeis que ya está saturado de las emociones que le nutren? ¡Oh! no: esas contingencias ya favorables ya adversas: la calentura que han desarrollado en su sangre y en su cerebro; la hora avanzada de la noche, la hora sobre todo, la hora maldita fijada para levantar la sesion, todo eso no sirve mas que para exasperar la pasion que le devora y que tiene como embargadas todas las demás necesidades.

En aquel momento mas que nunca, su corazon, su espíritu, sus sentidos, todo su sér está en el juego: bien pudiera amenazar ruina la casa; bien pudiera caer un rayo á sus piés: nada le distraería; el ruido del oro es el único que puede conmoverle.

Y con todo, muy diferente del avaro, cuya codicia tiene el jugador, no atesora jamás: si se enciende á la vista del oro, es porque lo mira como un medio de contentar su

pasion; en cuanto lo posee, lo espone á los mismos azares que se lo han proporcionado, porque estos dones del azar no pueden aprovecharle ni satisfacerle; para él no son mas que el emblema de los males que va á buscar y á desafiar. Jugar es su objeto, su elemento, su vida: fuera de jugar no se vé nada mas; ¿qué le importa su ruina, su deshonra, ni sus mas sagrados deberes con tal que juegue? quédele tan solo un peso para probar fortuna, y le vereis tan audaz como siempre: el oro entendido sobre el tapete le está diciendo aun, que no desconfie, que espere!

La inmovilidad y la rigidez casi teutónica que se observan en la mayor parte de los jugadores, provienen, segun el autor citado, de la impaciencia concentrada que los devora. Porque en efecto, las decisiones del juego por prontas que sean, les parecen siempre de una lentitud insoportable. El tiempo que tienen por mas largo es sin duda el que transcurre entre el caer ó alzar de un naipe ó de un dado.

Hay varias especies de jugadores; los hay osados para quienes la pérdida no es mas que un nuevo aguijon del deseo; los hay pusilánimes que tiemblan aun cuando les sopla el viento de la fortuna; los hay supersticiosos que deseando libertarse de sus perplejidades, se acostumbra á realizar quimeras, como los sueños, los presentimientos, los dias aciagos, los malos puestos, los vecinos de siniestro agüero, etc., etc., los hay sistématicos que se aficionan al juego por mera especulacion

hay jugadores rapidistas que despachan pronto y con gracia; hay jugadores fastuosos que sacrifican la avidez al orgullo; hay, segun dicen, jugadores benéficos que solo miran la ganancia como un medio de ser generosos, este tipo, si existe, deberá ser muy raro—y por último, se ven individuos dados al juego al mismo tiempo que al vino y á las mujeres; entonces si que el jugador, como dice Descuret, es un verdadero abismo sin fondo, capaz de tragarse las fortunas mas cuantiosas.

de esta observación. En el momento en que se suponía que su alma iba a abandonar el cuerpo, manifestaba repente y solo en los hechos de su praxo tendido. En este pasmo muy ligero; pellizcó sus sábanas, y se instando dejó caer su praxo. Última castaña de la luz que se apagó, último rayo de la vida para pensarse.

Agonía. Muerte.

En las cercanías de la muerte, los sentidos á la par que las facultades intelectuales están casi anonadadas, y difícil es determinar el estado moral del enfermo, de quien no queda ya mas que la armazon próxima á destruirse.

Hablando un escritor alemán de lo que conviene que el actor aproveche todas las ocasiones que se le presenten de observar la naturaleza, dice: «Si la actriz que mereció la aprobación de Lessing, se refiere á una actriz alemana, jamás se hubiese hallado al lado de la cama de un moribundo, hubiera quizas perdido su accion, uno de los gestos mas finos que espresó en la representación.

He aquí la descripción de este ingenioso autor:

«Se ha observado, dice, que las personas agonizantes acostumbran pellizcar y estirar suavemente con la punta de los dedos sus vestidos ó los cobertores de su cama. Nuestra actriz se valió con muchísima felicidad

de esta observacion. En el momento en que se suponía que su alma iba á abandonar el cuerpo, manifestó de repente y solo en los dedos de su brazo tendido, un espasmo muy ligero; pellizcó sus sábanas, y al instante dejó caer su brazo: última centella de la luz que se apaga, último rayo de un sol que está para ponerse.»

Sin embargo, el actor no debe olvidar en estos lances tremendos, la regla recomendada por todos los autores, que el desfallecimiento y las agonías de la muerte no deben espresarse en la escena con todo el horror que lo hace la naturaleza.

En el último instante es cuando el actor ha de ceñirse á movimientos suaves, como, por ejemplo, á dejar caer la cabeza, que mas bien indica un hombre acosado de sueño, que luchando con la muerte, y á fingir una voz interrumpida, sin detenerse en figurar con demasiada naturalidad los síntomas fastidiosos ú horribles de la agonía.

De otras pasiones, afectos ó sensaciones en general.

A mas de las pasiones ó afectos, de los cuales acabamos de hablar, que tienen caracteres propios é individuales para espresarse y que los distinguen de los demás, hay otros afectos que no tienen un carácter, ni un accionado determinado para darlos á entender.

Estos sentimientos ó afectos solo pueden indicarse ó por medio de gestos ó accionados propios de otras pasiones, ó por otros mixtos que participan de los caracteres de dos ó mas afectos. La gratitud por ejemplo, no puede espresarse, sea cual fuere el motivo que determina á un corazon reconocido á manifestarla, sino ó simplemente como amor ó como veneracion, ó bien adoptando un modo intermedio que participe de ambos sentimientos.

No podrá indicarse la compasion sino con el accionado compuesto, de la espresion de la bondad y del sufrimiento.

La envidia no puede distinguirse del sufrimiento y del odio, mas que por el deseo accesorio de ocultarse á la vista de todos, y por la mirada inclinada y furtiva de la venganza, que suele acompañar siempre á esta pasion baja y despreciable.

Se manifestará la sospecha, añadiendo á la espresion del enfado secreto, la mirada disimulada é inquieta de la curiosidad, y prestando el oído á todas las conversaciones en que se cree poder hacer algunos descubrimientos.

La clemencia no puede espresarse sino cuando la amabilidad de la bondad está templada con el frio del orgullo.

La alegría maligna de la desgracia agena, por su naturaleza ya es la del odio, y no podrá manifestarse de otro modo sino con la espresion de esta pasion.

La esperanza, por ejemplo, que no ve la felicidad sino en lo venidero, y que por consiguiente, jamás está libre de temor, no podrá por la misma razon pintarse en las facciones del rostro, sino por medio de la espresion del deseo, con una mezcla de alegría y de temor.

Si recorremos otros afectos, con las diferencias que indicó Watelet, hallaremos que sus denominaciones indican tambien ó solo sentimientos mixtos como los anteriores, ó tan semejantes con otros, que la vista no observa las modificaciones exteriores que hace el cuerpo al percibirlos, y que por consiguiente el actor para representarlos ha de recurrir á ellos.

Aplausos. Silbidos.

Como algunos actores juzgan del buen ó mal desempeño de sus papeles, tan solo por los *aplausos* ó *silbidos* que del público reciben, creemos oportuno hacer algunas ligeras observaciones. (*V. lo que decimos hablando del teatro, de las representaciones dramáticas y de la declamacion antigua.*)

Seguramente no hay cosa mas difícil que complacer un actor á todos los espectadores, entre los cuales suele haberlos ignorantes é ilustrados, de buen humor, y de genio descontentadizo; dispuestos á celebrarlo todo, ó á criticar cuanto ven; en una palabra, de todos genios, caracteres y condiciones. Aun mas: á veces entre los mismos de igual genio ó carácter, no convienen en el modo de decir una misma espresion, ó en el gesto ó accionado de otra.

A estos inconvenientes debe añadirse la aversion ó cierta antipatía con que á veces miramos á un actor; ó

por ser su mérito poco ó ninguno, ó porque hizo ó dejó de hacer tal ó cual cosa.

El actor que se hallare en este caso, es decir, que el público delante del que ha de trabajar llegare á fallar contra él, en vano casi se esforzaria en querer recobrar su opinion perdida, pues atribuirian á falta, aquello mismo que en otro quizá aplaudirian estremadamente. Por el contrario, aquel actor que hubiese llegado á merecer el aprecio público, es decir, á enseñorearse ó dominarle, puede entregarse sin cuidado á la holganza, que todo será para él gracias y aplausos.

Mas no son en general los mejores actores los que arrancan muchas veces los aplausos públicos. Un gesto ridículo y caricato, un traje estravagante, un cierto descaro ó desvergüenza, es á veces origen del aplauso que reciben algunos actores.

Como entre los espectadores, puede asegurarse sin temor de equivocarse que son muchos los ignorantes, y siempre en mayor número que los conocedores, y como suelen reunir á su ignorancia cierta franqueza y libertad que no tienen los hombres de conocimientos, de ahí es que se entregan sin rebozo á la pasion que les domina, y no se hacen de rogar cuando una necedad ó un despropósito les ha hecho reir, ó un golpe ó grito les hace llorar para hundir á palmadas el teatro.

Desgraciado el actor que diere oidos á estos estrepitosos aplausos, tributados por la ignorancia á la necedad (31) (32).

El verdadero mérito de un actor se conoce, no cuando con maneras estrafalarias arranca de los espectadores aquel torrente impetuoso de palmadas con que se desahogan los genios alegres y las mas veces ligeros; sino con aquella aprobacion cuasi tácita, ó suave murmullo con que los hombres reflexivos y conocedores espresan instantáneamente su aprobacion, y la sensacion que ha causado en su alma el actor con su maestría (33).

(1) En 3 de Abril de 1834 verificose la inauguracion del Real Conservatorio de Música y Declamacion de la corte bajo el auspicio y nombre e inmediata proteccion de S. M. la Reina María II, y María Cristina de Borbon.

Y en 27 de Abril de 1835 se hizo la apertura del Liceo Filarmónico Dramático Español de Isabel II, con los correspondientes cátedras de música y de declamacion.

(2) Antiguamente se llama en distincion el nombre de actor á cualquiera que hablase en público, en el teatro ó en el foro. El nombre actor, se deriva del verbo latino *agere*, obrar, hacer alguna cosa.

(3) La Era griega de la Olimpiada, se tomó de los juegos llamados olímpicos, porque se celebraban cada cuatro años cerca la ciudad de Olimpia. Comenzó á contarse desde los juegos en los cuales ganó una corona el vencedor Coroboy, año 774 ó 776 antes de J. C. cada Olimpiada abría por cuatro años, y por lo mismo se veian obligados á exponer, cuando querian indicar un año, no solo la Olimpiada, sino el año intermedio de ella.